



Territorialidades, espiritualidades y cuerpos:

Perspectivas críticas en Estudios Sociales

Claudia Luz Piedrahita Echandía

Adrián José Perea Acevedo

Oscar José Useche Aldana

(Editores)





BIBLIOTECA IBEROAMERICANA EN ESTUDIOS SOCIALES



Territorialidades, espiritualidades y cuerpos:

Perspectivas críticas en Estudios Sociales

Claudia Luz Piedrahita Echandía

Adrián José Perea Acevedo

Oscar José Useche Aldana

(Editores)



UNIVERSIDAD DISTRITAL
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS



Doctorado en Estudios Sociales
Universidad Distrital Francisco José de Caldas



Territorialidades, espiritualidades y cuerpos: Perspectivas críticas en Estudios Sociales

© Claudia Luz Piedrahita Echandía - Adrián José Perea Acevedo - Oscar José Useche Aldana (editores)

© Universidad Distrital Francisco José de Caldas
Doctorado en Estudios Sociales

Libro ISBN: 978-958-20-1379-0

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Territorialidades, espiritualidades y cuerpos. Perspectivas críticas en Estudios Sociales / Claudia Luz Piedrahita Echandía, Adrián José Perea Acevedo, Oscar José Useche Aldana, editores. 1a ed. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas - CLACSO: Editorial Magisterio, 2021. p. 304 (Biblioteca iberoamericana en estudios sociales).

Incluye referencias bibliográficas al final de cada artículo.

ISBN 978-958-20-1379-0

1. Territorialidad humana- Investigaciones 2. Espiritualidad – Investigaciones 3. Investigación social I. Piedrahita Echandía, Claudia Luz II. Perea Acevedo, Adrián José III. Useche Aldana, Oscar IV. Serie.

CDD: 304.23 ed. 23

CO-BoBN– a1069323



Primera Edición: año 2021

Universidad Distrital Francisco José de Caldas

Rector: Ricardo García Duarte

Vicerrector Académico: William Fernando Castrillón Cardona

Vicerrector Administrativo: Álvaro Espinel Ortega

Decana Facultad de Ciencias y Educación: Elda Yanneth Villarreal Gil

Directora Doctorado en Estudios Sociales: Claudia Luz Piedrahita Echandía



CLACSO – Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Fernanda Pampín - Directora Editorial

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

Edición: Cooperativa Editorial Magisterio

Diseño y diagramación: Hernán Mauricio Suárez Acosta

Comité Editorial

Claudia Luz Piedrahita Echandía: Universidad Distrital, Colombia

Luis Alberto Herrera Montero: Universidad de Cuenca, Ecuador

Oscar José Useche Aldana: Corporación Universitaria Minuto de Dios UNIMINUTO, Colombia

Adrián José Perea Acevedo: Universidad Distrital, Colombia

Adrián Serna Dimas: Universidad Distrital, Colombia

Mario Montoya Castillo: Universidad Distrital, Colombia

Andrés Castiblanco Roldán: Universidad Distrital, Colombia

Comité Científico

Karina Batthyány: CLACSO, Argentina

Pablo Vommaro: CLACSO, Argentina

Benjamín Mayer Foulkes: 17 Instituto de Estudios Críticos, México

Hector Domínguez Ruvalcaba: Universidad de Texas, Estados Unidos

Ricardo García Duarte: Universidad Distrital, Colombia

Alfonso Torres: Universidad Pedagógica Nacional, Colombia

Sara Victoria Alvarado: CINDE- Universidad de Manizales, Colombia

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145/9505 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org



Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional (ASDI)

Este libro está disponible en texto completo en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO



Del odio a la disrupción desde lo femenino Lo abominable, monstruoso, híbrido y femenino

Manuel Amador Velázquez

Introducción

El presente texto aborda un análisis de *lo femenino*, desde una mirada del concepto para su uso teórico-político que refuerce los abordajes epistemológicos de los estudios sobre el cuerpo; una escritura desde la experiencia de la construcción de pedagogías alternativas como facilitador del taller *Del odio a la disrupción desde lo femenino*, que tiene entre sus objetivos generar reflexiones desde los cuerpos en lo emocional, mental y corporal. Se trata de un diálogo de construcción de conocimiento siempre abierto hacia entendimientos de las violencias que viven los cuerpos desde lo femenino, en un sistema donde la violencia es parte del orden moderno.

Explicar lo femenino como una forma de vida, más allá de la mirada sexogénero y o género hombre-mujer y/u orientación sexual o identidades de género, es decir, desde su negación, implica retomar las experiencias del control y negación de los cuerpos femeninos y/o violentados como una categoría de lo político, ya que desde lo femenino se norma y se desacata. De ahí que se analicen los cuerpos desde cómo se han mirado y nombrado desde el cuerpo-norma: lo abominable, monstruoso, híbrido y femenino; conceptos tradicionalmente utilizados como categorías de análisis de los cuerpos que son atravesados en su expresión por lo femenino, en los cuerpos que son lo monstruoso/excluido, lo abominable/negado, lo híbrido/neutralizado y lo femenino/sometido; cuerpos que disrumpen la corpus-norma desde lo femenino. En resumen, el presente trabajo es un tejido de letras desde la mirada de las experiencias sociales y políticas que atra-



viesan el cuerpo humano, en la travesía de lo que el mandato de género masculino organiza, violenta, desecha y mata cuerpos femeninos, en una sociedad dominada por el sistema patriarcal (Segato, 2016).

Las narrativas aquí expuestas nacen también de la experiencia de acciones del performance sobre la violencia hacia las mujeres, feminicidios y crímenes de odio por homofobia; de la construcción de un conocimiento desde el diálogo con y entre cuerpos violentados, negados, discriminados, sometidos, y rigidizados desde su expresión y movimiento libre. Dan cuenta, así mismo, de un proceso de construcción de conocimiento desde un cuestionamiento de las violencias, el proceso dentro de la práctica que llamo *pedagogía del performance contra las violencias, el daño y el maltrato* que ponen los cuerpos en el centro para hacer consciente el poder físico que tienen sobre ellos, y la herramienta metodológica que nombro “la extracción de las violencias”, una serie de metáforas que, desde la conducción humana, funcionan como instrumento que permite concientizar, visibilizar, materializar y extraer de los cuerpos de manera simbólica los daños y odios que en él contiene y acumula en su transitar vivencial de su propia historia: cuerpos puestos en un orden de compartimento y de vida, donde el odio y rechazo hacia lo femenino es una forma de organización de esos cuerpos.

Rita Segato nos ha señalado cómo los mandatos de masculinidad son encarnados en su mayoría por los hombres generadores de las tantas violencias inscritas en los cuerpos de las mujeres, para dar cuenta de ese dispositivo de poder que opera y crea pedagogías de crueldad. Es importante construir dispositivos en las personas y desde los cuerpos que promuevan ante el mandato el desacato (Segato, 2018).

La disrupción desde lo femenino es entonces el desacato ante esas violencias y el odio que niega, omite, silencia, ordena y paraliza los cuerpos. Este texto versa sobre todo en un saber construido desde el cuerpo en desacato, con la intención de retomar categorías de análisis que puedan comprender lo humano en sus múltiples formas de manifestarse como vidas.

El cuerpo y lo femenino

Los cuerpos en su proceso de construcción del género pasan por un proceso de rigidización que van de los cuerpos en movimiento libres a expresiones de cuerpos duros y rígidos, y así lo femenino relacionado con lo emotivo, creativo y sensitivo. Surge así la necesidad de una epistemología desde la experiencia del cuerpo físico, mental y emocional, donde lo femenino es una forma de habitar el cuerpo desde la descolocación de los cuerpos genéricos y rígidos hacia los cuerpos sensitivos y en movimientos libres. Rita Segato plantea, en diversos escritos, el concepto de “mandato de masculinidad”, como la serie de expectativas que los hombres –en función de la asignación social de género masculino– tienen que acatar, cumplir in-



cesantemente en diversas etapas de su vida, y donde son rehenes de ese dispositivo de vigilancia. En ese sentido, lo femenino es una construcción que obedece también a mandatos de feminidad dictados desde la potencia del poder masculino, desde donde se organiza y se confecciona el cuerpo femenino en el sentido binario a partir de funciones y roles sociales. Sin embargo, lo femenino no solo se distingue en el género asignado dentro de ese sistema Father, sino que ha sido construido en función de la disposición, opresión del mandato heteropatriarcal, que coarta la expresión de voces, emociones, sentires y saberes; esta historia de poder y control a la expectativa de los hombres. En las historias sociales y emocionales de las personas, el control de lo femenino es parte de la norma socioemocional de sus cuerpos, y ha sido coartado, limitado y cancelado.

Por lo anteriormente expuesto, en el presente trabajo, se plantea lo femenino como una categoría epistemológica de la emancipación de los cuerpos, para ubicar en los seres humanos al ser y, al relacionarse, lo que oprime su condición humana, como una liberación en favor de otras formas del entendimiento de la vida, un conocimiento construido desde la experiencia del cuerpo que pretende desacatar la estructura binaria de pensamiento sobre lo femenino y sobre los cuerpos femeninos en el centro: cómo se mira y trata ese cuerpo en tanto poder, relaciones y normas sociales; el cuerpo en su experiencia pedagógica desacatadora.

La realidad de los cuerpos femeninos

Los cuerpos femeninos no siempre pertenecen a lo nombrado “mujer”; la feminidad está latente en los cuerpos más allá del género nombrado. “No se nace mujer, se llega a ser mujer”, señaló Simone de Beauvoir. Judith Butler (1999) afirma que esto es cierto cuando responde siempre bajo una obligación cultural y que esa obligación no la crea el sexo biológico asignado desde las oposiciones binarias de género masculino/femenino, y que nada asegura que esa persona –y por lo tanto ese cuerpo– que se convierte en mujer sea obligatoriamente del sexo femenino, donde lo femenino –y desde los cuerpos– va más allá de esas disposiciones binarias; es decir, un entendimiento más amplio desde y hacia lo femenino que nos permita salir de las estructuras de poder binarias que aprisionan los cuerpos de las personas en la forma de vivir y habitar el cuerpo.

Rossana Cassigoli, desde una revisión a la obra de Emmanuel Levinas, destaca lo femenino como un espacio, casa o lugar para la vida interior, lo íntimo, el lugar de resguardo ante la proximidad que está latente, ese espacio de una soledad que avicina el encuentro –y, por lo tanto, la percepción e intuición– y conciliación con lo otro en tanto vínculo necesario de lo humano, es decir, un devenir latente con su mundo exterior. El único lugar de la posibilidad de mirarse y asomarse en ese otro que podría ser distante,



pero no lo es, es ese otro como el rostro propio, y de ahí la posibilidad sensitiva y de creación de lo humano posible, dimensionado la vida misma y su permanencia, la permanencia de humano. Es entonces el mundo también de lo sensitivo y lo sensible. “La feminidad irrumpe como una cualidad misma de la diferencia. Como un secreto abrumador que habita nuestros dominios de la mente y nos obliga a pensar justamente en una ética de la proximidad y una ética de la diferencia” (Cassigoli, 2008, p. 59), a reconocer en el otro que también asoma la parte de lo que humanamente somos, lo humano en tanto lo que nos antecede y lo que aproxima: la vida misma.

Márgara Millán (Cassigoli, 2008) aborda lo femenino desde la concepción de Hannah Arendt, una visión integradora, no como enunciación explícita, sino como un reconocimiento metafórico y analógico: el de la natalidad como la creación de lo nuevo, como condición del mundo y lo humano. Señala la natalidad como un primer acto prepolítico, evento latente que enuncia. El nacimiento es en sí mismo un comienzo que adviene a la vida, como ser único dando origen a lo singular, la diferencia y, por lo tanto, la pluralidad. La natalidad es experiencia de vida latente que enuncia y genera vida como acto de presencia, de cuidado y amor al otro como fundamento de la posibilidad –promesa– de renovar la vida y restaurar el mundo de lo humano frágil y amenazado (Cassigoli, 2008, pp. 16-25). Lo femenino es así lo que genera vida, es la creación permanente de la vida y siempre una vida que es en sí misma diferente. Es ese vínculo incesante entre lo humano y la naturaleza. La feminidad atraviesa de manera intrínseca lo humano, en tanto acto de creación, sensibilidad y vínculo con lo próximo, lo externo; desde esa expresión propia de la condición humana en su experiencia y contactos primarios con el exterior: la naturaleza y la sociedad con estructuras de género definidas en roles y mandatos de género.

Rita Segato también da cuenta de las potencialidades que alcanza lo masculino; cuerpos atrapados desde lo nominado masculino, y que desencadena las violencias, ese cuerpo que responde a una estructura de comportamiento mandatada desde la estructura patriarcal de hombre moderno al que se le instala la razón como forma de ser, existir y nombrar; pero también de separar, incidir, invadir, someter; es decir, de controlar en sí el pensamiento racional (razón instrumental) que escribieron los críticos de la modernidad Adorno y Horkheimer, esa desvinculación que se dio de la razón histórica del ser ante la naturaleza, en ese sentido también la modernidad, no solo nace con la separación de la naturaleza, sino con su manipulación y la destrucción de la vida.

Natalia Amaya aborda lo femenino como una categoría asociada con lo monstruoso, una lectura del cuerpo de la mujer construida desde y por los hombres como lo negativo y opuesto que altera el poder patriarcal. Amaya destaca cómo, desde las tradiciones judeocristianas y griegas, los ciclos



biológicos fueron el referente para generar una dicotomía de origen, entre ellas, la reproducción: la mujer aparece como el lugar de procreación de la semilla del hombre. La Biblia se refiere a la menstruación como un estado de impureza, sucio, por lo tanto, temible, lo que provoca que la sangre femenina se asocie con la violencia y la humillación, y la sangre masculina con el heroísmo, la pureza y exaltación.

La nuestra es una cultura que educa en la menstruación como indeseable, vergonzoso que se debe mantener en secreto con el fin de exaltar el supuesto y único objetivo de la mujer: la reproducción al tiempo que asocia y limita el concepto de mujer a sus diferentes ciclos del crecimiento, ya que la llegada de la menstruación implica en la vida de una mujer la llegada de la feminidad. En ese sentido la monstruosidad de una mujer es la que no cumple con la reproducción (Amaya, s.f.).

Así mismo, Amaya señala que se han generado diversos estereotipos de ser mujer y su relación con lo femenino, como la virginidad de las doncellas en contraposición a las brujas que están buscando la juventud en las princesas como su antagonico para recuperar el valor de ser mujer. Las brujas como elemento distorsionador de un deber construido de lo femenino. Las mujeres son las que se reproducen frente a las mujeres que no, como las mujeres transgénero y/o transexuales. La que ya no es mujer es la que ya no puede o no quiere reproducirse; en consecuencia, la llegada de la menopausia da inicio a esa creación de la imagen de mujer vieja que no puede procrear, avergonzada de su piel y de su cuerpo porque ya no sirve. Lo trans representa para el régimen patriarcal “lo monstruoso por su carga de feminidad” (Amaya, s.f.).

Lo femenino y lo monstruoso serán dos categorías relacionales aprendidas desde la cultura a partir de los juicios y valoraciones de sometimiento y negación de lo femenino. Históricamente, los cuerpos femeninos y/o feminizados fuera de la norma biológica binaria han sido vistos como seres más que extraños y diferentes como cuerpos abominables y repulsivos, cuerpos también monstruosos que desacatan el orden normativo del cuerpo. Pero vale la pena preguntarnos: ¿qué otras características tienen estos cuerpos monstruosos? ¿Además de la repulsión hacia lo femenino, qué cuerpos conforman lo monstruoso?

En la base de un crimen de odio por homofobia está la misoginia

Lo monstruoso

Mi encuentro con el tema de lo monstruoso sucedió con Joao Arriaga García, quien, de ser un amigo de la universidad, pasó a ser un amigo entrañable que marcó mi vida hacia finales de los noventa. Entre risas que ironizaban la vida, miradas, abrazos cálidos y tragos de cerveza, conversábamos



sobre lo monstruoso. Éramos entonces aprendices novatos que desconocíamos nuestras preferencias homoeróticas. Ni él ni yo habíamos abierto ese tema: era algo hermético; pero subyacía una sonrisa cómplice. Tal vez eso nos motivaba a hablar y pensar sobre lo monstruoso y lo duro de la norma heterosexual. Sin que lo supiéramos, la homofobia había silenciado nuestras emociones; pero no las había acallado.

Hablamos sobre cómo esos llamados monstruos de la época actual son imágenes de seres vistos como anormales. A los cuerpos que rebasan la norma, que se salen de los cánones, se los ve como diferentes e incompletos, sin forma, faltos de algo, que causan repulsión y miedo. En esos diálogos seguramente nos dimos esas respuestas que siempre buscamos, hasta que, dos años después, Joao y yo develamos una parte de nuestro rostro: que nos gustaban los hombres. Ese momento nos unió seis años más, hasta que él murió por una neumonía que no se atendió en su momento, a causa de la homofobia de los médicos del hospital siglo XXI de la Ciudad de México, quienes justificaron su negligencia diciendo que las personas como él son “delicadas”.

Joao Arriaga García terminó su licenciatura como sociólogo con la tesis: *Notas para una reflexión sobre lo monstruoso*. Estas reflexiones sobre el tema las suscribo para un mejor entendimiento sobre la diferencia; pero, sobre todo, de la disrupción desde lo humano.

Arriaga se acerca a lo monstruoso por medio del análisis de imágenes de mitos e historias de la vida cultural occidental, como, por ejemplo, Prometeo y Pandora de la cultura griega; Adán y Eva, de la judeocristiana; Fausto de Goethe, de la alemana; figuras desacatadoras del orden y de los mandatos divinos; en otras palabras, profanadores. Retoma el análisis desde los mitos como estructuras de pensamiento que han propuesto modelos de vida humana que configuran valor a la existencia.

Prometeo, personaje que desacató a su padre Zeus, al robarles el fuego a los dioses y dárselo a los mortales, lo que le valió la expulsión del Olimpo a los confines de la tierra, donde pagaría tal osadía atado a una roca. Por el desacato, Prometeo fue convertido en un ser fuera del orden y de los designios de los dioses, por lo tanto, el libre albedrío en rebeldía como imagen. De acuerdo con Arriaga, “la diferencia entre lo posible y lo prohibido se desdibuja y con ello, la violencia amenaza con instalarse en las entrañas del sistema: si el límite se trasgrede una vez, puede transgredirse siempre, hasta perderse, hasta dejar de tener significado” (Arriaga, 2000, p. 20). A Prometeo le pareció justo dar el fuego; sin embargo, eso le costó el destierro. En la idea de establecer el orden, este consistirá en poner una diferencia, donde “lo monstruoso no es la diferencia, lo otro, sino su pérdida, y el monstruo, que se identifica por su diferencia extrema, lo es solo después de que se restituye el orden” (Arriaga, 2000, p. 21).



Ante el desacato de Prometeo, Zeus crea a Pandora, a quien le ordena que le lleve una jarra-caja a Epimeteo, hermano de Zeus. Esta caja guardaba todos los males existentes, por lo tanto, le prohíbe abrirla; sin embargo, Pandora la abre y lanza todos los males a los mortales. Arriaga anota que Pandora aparece así violentando la vida de los humanos, transgrediendo el estado de aparente estabilidad que había en el Olimpo, con lo que trae el dolor, la muerte y el trabajo. Mientras Prometeo puso en la misma jerarquía a dioses y humanos al entregarles el fuego, Pandora representa lo femenino como lo malo, por ser un símbolo de control y sometimiento de los humanos. Sin duda, el relato sobre Pandora aprisiona el odio y desprecio hacia lo femenino.

la mujer que tiene que ser dominada, así la imagen de la mujer con un mal, como un monstruo habría que someterla al mando del varón, como un ser peligroso habría que lanzarla a lo privado lejos de lo público, al mando de las necesidades y placeres de los hombres y su vida en el ámbito de lo doméstico (Arriaga, 2000, p. 33).

Al darles el fuego a los mortales, Prometeo los volvió dichosos y se convirtió en su benefactor y enemigo de los dioses, por lo que se convierte “de naturaleza externa, como los pueblos y razas de monstruos” (Arriaga, 2000, p. 23). Prometeo ha sido expulsado para salvaguardar el orden de la comunidad de la cual formaba parte; su padecimiento mostrará la tiranía del soberano, una vez expulsado y hecho monstruo, solo representará una consecuencia natural de las transgresiones de las leyes. Por su parte, Pandora, aun cuando es creada a imagen y semejanza de los humanos, con los atributos de la belleza, la habilidad manual, el arte, en el alma se le depositan la mentira y la falacia; es la responsable de los males de la humanidad. Creada como castigo a Prometeo y a los mortales, aparece como un símbolo de control, castigo y represión ante la desobediencia (Arriaga, 2000).

El *Génesis* relata el origen del mundo y la tragedia de la humanidad generada por Adán y Eva. Dios crea de la nada el universo, los cielos, estrellas, mares, peces y animales en la tierra y al hombre Adán para que mande sobre los demás; luego, con una de sus costillas crea a Eva para ser su compañera. Todo existía en abundancia en el Edén; todo era perfecto, y debían obediencia a Dios: podían probar todas las frutas de los árboles; pero no las del árbol del Saber, pues el conocimiento les estaba vedado. El árbol es símbolo de ley y orden; todo puede estar bien, siempre y cuando no se trastoque el orden. La maligna serpiente mítica incita a probar del fruto de ese árbol y con la seguridad de que no pasará nada; por el contrario, les asegura, abrirán los ojos y no morirán, pues serán como dioses y conocerán el bien y el mal. La serpiente simboliza la seducción, el deseo, la posibilidad de conocer y desacatar. Eva, seducida por la serpiente, come el fruto y luego convence a Adán para que lo pruebe también. De acuerdo con



Arriaga, en este caso, “lo monstruoso no es la acción del demonio [sino] el significado de la naturalidad con que Eva arrancó el fruto y se lo ofrece a su marido. Así en este acto surge también la imagen de la profanación del orden” (p. 44). Evidentemente, Adán y Eva sufrirán las consecuencias, primero, porque sienten vergüenza al reparar conocer sus cuerpos. “Al comer el fruto, la pareja se sabe desnuda y se avergüenzan, sus ojos se abren, esto es sus ojos penetran el mundo de lo sensible, de las formas” (Arriaga, 2000, p. 45). Como puede observarse, al probar el fruto surge la invención de la prohibición de mirar el cuerpo, disfrutarlo, sentirlo, es decir, la sola posibilidad de disfrutar desde lo sensitivo. Por un lado, el demonio como símbolo del mal representa la necesidad de saber más allá de lo que impone la norma, pero sobre todo lo que se reprime.

Se reprime la posibilidad de sentir, de conocer lo desconocido pero que se abre desde lo humanamente sensible. Dios al ver el desacato de Adán y Eva, los condena a la expulsión del Paraíso para establecer orden y límites, y los envía a la tierra, condenados al dolor, al trabajo, por el pecado cometido. El árbol de la vida, por su parte, queda al resguardo de ángeles y querubines. El pecado original es el símbolo de la vergüenza y la culpa y, por lo tanto, temor y miedo a la posibilidad de trascender en el saber desde la vida mundana, si no es por la vía de las normas de Dios, el Padre. El demonio es el símbolo de ruptura, el que seduce y rompe el orden o pacto hacia una realidad distinta: “la figura del diablo, lo mismo que la del monstruo, se asocia con la rebeldía, son transgresores del orden; el demonio es el enemigo de dios, el maligno, están también asociadas a la idea de confusión o pérdida de la diferencia” (Arriaga, 2000, p. 55), así la imagen de la diferencia es lo monstruoso, un cuerpo donde alma y cuerpo están juntas.

Tanto Prometeo como Adán y Eva son desterrados, convertidos en ajenos al orden a lo maculado y sin forma. Lo expulsado, lo desterrado y negado toman forma cuerpos osados a la libertad, el placer y la búsqueda de horizontes posibles; entenderse fuera del mandato patriarcal divinal o tan solo el hecho de conocer, experimentar más allá un orden que puede verse bajo una estructura rígida y predecible el mundo de lo sensible de lo humano.

Las características ideales de lo monstruoso, el símbolo articulado en la vida cotidiana donde la disrupción es un cuerpo del saber multimorfo; lo monstruoso como parte de la representación de un mundo ordenado en la esfera social y política que conforma un imaginario colectivo, un sistema de valores y normas que deben ser acatadas o no, ser el cuerpo moldeado. Lo monstruoso es una construcción social de ese otro que no acata, que está fuera de la norma; que es repulsivo a la idea de lo bueno y malo, lo deseable y no deseable para una colectividad determinada. Lo monstruoso aparece desde la mirada que somete y niega a ese otro. Pensando desde el cuerpo, el cuerpo monstruoso asume ciertas características: son cuerpos



sin forma o con formas más allá de lo nombrado, y donde lo humano se pierde cuando aparecen los cuerpos humanos animalizados con su tono salvaje y repulsivo. Lo monstruoso surge en el énfasis de la diferencia donde se representa una no diferencia, donde asoman en la historia cuerpos de brujas, herejes, sodomitas, ramera: el monstruo es la no diferencia hecho cuerpo disimétrico, amorfo, animal, sin género, sin sexo, al símil de lo femenino.

En esa travesía, el monstruo ha tenido sus usos políticos, religiosos y sociales; sirve para someter el orden antes de ser inducido a los placeres que experimenta; antes de asumirse como humano con todas sus posibilidades de ser, sentir, expresar el sentir, pensar, experimentar su propia existencia; de aceptar las complejas formas de lo humano, y mostrar que lo humano puede ser algo más allá de ese borde, y que tiene la posibilidad de moverse y conocerse en los confines de lo humanamente posible. El monstruo es también una construcción social entre las relaciones de poder donde se eliminan la posibilidad de expresar y sentir, coarta la vida de los cuerpos en libertad y neutraliza las emociones. El cuerpo del monstruo está delimitado a lo semihumano o no humano y, en ese sentido, lo que es persona y lo que no es visto como tal, lo que genera vida o lo que no, una vida acotada al poder de una estructura social de orden y norma; un cuerpo que es visto como cuerpo extraño, marginal y, por lo tanto, sin posibilidades de mirarse, es amorfo, abominable, sin forma, y sometido al orden del cuerpo predominante del sistema moderno de consumo y desecho. Las imágenes descritas anteriormente enfatizan símbolos de disrupción de un orden, donde el odio y desprecio hacia lo femenino regulan un orden; pero además, fractura la posibilidad de la creación, de mirar y sentir en sus dimensiones la propia existencia de los cuerpos más allá de lo sexual y genérico, es decir, la posibilidad del cuerpo en el espacio sensitivo.

Lo abominable

La relación entre el término femenino y lo abominable tiene una gran relación en la historia de la homofobia. Las relaciones sexuales y afectivas entre los hombres se han distinguido por tener diferentes significados en la historia griega y en su literatura; sobre todo, han trascendido la imagen de los actos sexuales y amorosos de los hombres, para representarse en imágenes de hombres con expresiones corporales musculares, facciones duras y cuerpos perfectos, destacando historias de amor entre soldados y sabios que exaltan su virilidad y relaciones fieles a largo plazo entre varones. Sin embargo, se despreciaba al afeminado y este adjetivo se usó de manera despectiva. Diferentes personajes e historias de homosexuales afeminados de esa época fueron tratados con escarnio, burla, repulsión y convertidos en seres abominables, todavía hasta los tiempos contemporáneos. Se construye así la historia de la homofobia a la base de un re-



chazo hacia los hombres afeminados y/o que pretenden ser como lo que se considera femenino en nuestra cultura. Hasta la fecha, los afeminados han sido presentados como cuerpos abominables: son los insaciables, los que no se consideraban naturales o aceptables; los que en el acto sexual jugaban al placer del rol sexual pasivo, considerado también poco natural (Fone, 2008, p. 49).

Lo híbrido

Traemos el concepto de lo híbrido por la carga peyorativa que tiene que ver con la degradación, lo que no perpetua un tipo de especie en su pureza; es decir, lo que se neutraliza, lo infértil, lo que no genera vida. Pero, ¿qué es lo híbrido, sino la posibilidad del encuentro y el surgimiento de la vida y su diversidad de posibilidades? “Lo que aparece como indefinible, como mezclas, híbridos, es entendido como un peligro para el orden natural y social” (Arriaga, 2000, p. 78).

En el sentido de la mezcla, lo híbrido se presenta como la potencia del entendimiento de la diferencia latente y presente de lo humanamente tangible: poner la mirada en el cuerpo de lo posible, en este caso, en el otro; al contemplarnos en el otro desde la posibilidad del reconocimiento inmediato que implica existir y ser junto a ese otro. Los cuerpos híbridos son la mutación de cuerpos. Diversas imágenes de personajes y deidades míticas de distintas culturas son una mezcla de animal y humano, géneros y especies de la naturaleza. Es ahí donde humanidad y naturaleza dialogan desde un solo cuerpo. Ese espacio es el puente que une lo humano a la naturaleza como un elemento latente que nos dice que la diversidad es parte del cuerpo, y la naturaleza está inscrita dentro de lo humano. La fusión animal-humano en cuerpos con o sin genitales llamados masculinos y femeninos.

El híbrido es la excepción que confirma la regla antropocéntrica. Es el injerto, es el intermediario o el indeterminado, el cruce, la agregación, incluso lo experimental, es un puente que pasa por encima de todos los muros de nuestra imaginación. Favorece nuevas relaciones, interacciones y cuestionamientos, así como el desplazamiento de nuevos enfoques, los ámbitos conceptuales, frente a la historia y frente a nuestra época (Tatyana Franck, citada por Fernández, 2018, p. 5).

240



Lo híbrido es un concepto que potencia el vínculo con la naturaleza, pero que se ha desprendido por la razón del hombre, que ha generado la separación y la fractura, trazada por la violencia, en esa separación de la naturaleza. Lo híbrido es la diferencia y, al mismo tiempo, la posibilidad tangible de la diversidad humana como parte del cosmos natural hacia un entendimiento con lo otro, la diferencia que está tan inmediata en y desde los cuerpos.

El taller: *Del odio a la disrupción desde lo femenino*

Inicialmente, el taller *Del odio a la disrupción desde lo femenino* nació como producto de una serie de reflexiones teóricas y acciones pedagógicas performativas sobre la violencia hacia las mujeres y el feminicidio, que se realizaban en el taller *Mujeres, arte, política y activismo en favor de los derechos de las personas lésbico, gay, bisexual, travestis, transgénero y transexuales (LGBTTT)* y en la elaboración de fotografías performativas, que les ayudaban a personas que habían sido víctimas de la homofobia a resignificar su vida. Con la ayuda del performance, es posible extraer la violencia desde los cuerpos en movimiento, a partir de una técnica aprendida de los chamanes o curanderos totonacas de la sierra de Puebla, México, de donde soy originario. Ellos curan los cuerpos extrayéndoles los males con la ayuda de objetos, que pueden ser rocas, ramas o trozos de corteza de árboles que, de alguna manera, les ayudan a los cuerpos a sacar lo que les afecta para repararse (Ichon, 1973).

En *Del odio a la disrupción desde lo femenino*, se reafirma que lo que se odia en estos dos sectores históricamente oprimidos, violentados y discriminados: lo femenino, ya que la misoginia es la base de un crimen de odio por homofobia. El saber sobre el cuerpo también se genera desde el movimiento y su acción política, poniéndolo en el centro de la acción, es decir, poniéndolo en movimiento. Se trata de una generación de diálogos desde y entre los cuerpos, a partir de lo sensitivo y creativo. El performance es un recurso de arte representativo que funciona como un instrumento que le permite al cuerpo evidenciar y refractar sus males, previa la concientización, por medio de la materialización de las violencias que aparecen normalizadas y silenciadas en sus paredes.

En el transcurso de su vida, las personas LGBTTT sufren por no estar dentro de la norma de comportamiento heteropatriarcal, que debe responder a un deber de lo humano en función de los genitales y roles asignados por ese sistema que mandata preferencias sexuales y afectivas a los binarismos genéricos. Las poblaciones gays y transgénero son atacadas, en gran medida, debido a las expresiones femeninas de sus cuerpos, y se les agrede de la forma más cruel, lo que, con frecuencia, culmina en el asesinato. Por lo tanto, la crueldad, odio y desprecio hacia lo femenino forman parte de un ordenamiento que se va depositando como marcas y estructuras de un tipo de cuerpo que debe estar dentro de la norma, si no, será sometido a la vigilancia de sus expresiones.

De acuerdo con lo anterior, el taller se divide en tres momentos: 1) diálogo con las emociones a partir de imágenes que han sido nombradas desde los conceptos de lo abominable, monstruoso, híbrido y femenino; 2) proceso de toma de conciencia mental y gráfica de los lugares del cuerpo donde habitan la represión, el odio y el desprecio de lo femenino (historia personal



y familiar) y su relación permanente con lo rígido y el movimiento del cuerpo, y 3) materialización de las emociones producidas por esas violencias y la descolocación de los cuerpos, a través de su representación y el desacato puesto en el centro de la atención y la acción. Una vez llevado a cabo el ejercicio, se genera y representa un performance de manera colectiva, el cual permite visibilizar las violencias desde el cuerpo y como su elemento emancipador, al centralizarlos.

El taller es un espacio para la reflexión y diálogo, construido desde la vivencia y las historias de violencia que habitan los cuerpos de estos grupos de personas históricamente discriminadas y violentadas; permite, además, incursionar en las problemáticas que implican el odio hacia lo femenino, y reflexionar a partir de la discusión de temas como la misoginia y la homofobia. Por medio de la concientización, la representación gráfica y la verbalización, se revisa lo femenino como una categoría de análisis que permite ir más allá y se potencializa un análisis emancipatorio más a fondo sobre las distintas formas de odio y sobre los hechos que produce el acto más cruel de ese odio.

La producción de conocimiento y saberes emancipatorios deberán ser siempre para compartir en favor de la libertad del otro. En el siguiente apartado, se presenta de manera detallada el proceso pedagógico del taller. También puede verse en un video, documentado por el periodista Paco Dorado en su canal de YouTube, con el título *Del odio a la disrupción desde lo femenino*, citado al final de este texto.

Refractar las emociones en los otros cuerpos en los símbolos y arquetipo

El cuerpo está atravesado por emociones propias de nuestra historia personal y familiar, expuestas por los estudiosos del cuerpo, como Mary Whitehouse, y desde la teoría de Carl Gustav Jung, sobre los mitos, símbolos y arquetipos de la cultura occidental, que son referentes para entender el comportamiento del cuerpo como espacio con voz latente y acallada según su transitar cultural. La sociedad moderna actual se ha encargado de generar tipos y estereotipos de cuerpos sometidos al acelerar de la sociedad capitalista y patriarcal; desvinculados y adiestrados para el consumo, uso y desuso. Desde ahí y desde el taller es necesario generar un diálogo con las emociones, a partir de imágenes que han sido nombradas desde los conceptos y para un ejercicio desacatador de esos patrones que han negado lo femenino desde lo abominable, lo monstruoso, lo híbrido y lo femenino. La conceptualización pasa por el ejercicio de mirar y nombrar esa realidad, siempre atravesada por una episteme que tiene sus bases en una forma de mirar, estructurada de acuerdo con un orden de ideas superior de ser de la persona, lo que también nos lo han enseñado las escuelas de pensamiento



occidental que se han cuestionado desde los estudios decoloniales. En ese sentido, se han producido no solo conceptos, sino imágenes, en el arte que ha dado cuenta de formas de ser impuestas por la norma, así como imágenes que desacatan las estructuras sociales y de poder, como las imágenes de homosexuales afeminados representados por diablos seduciendo ángeles, o faunos seduciendo ninfas, o sirenas y medusas en algún lugar siendo libres o algún personaje mítico sin sexo que es adorado por multitudes. El arte como un ejercicio de expresión crítica que nombra una realidad; pero también como espacio para el pensamiento imaginativo y creativo que nos enfrenta, que nos dice un saber. Es necesario ponerse a prueba mirándonos desde la experiencia del sentir y desde la empatía con esas imágenes conducidas, para ubicar esos cuerpos que pueden ser como nosotros, bajo la pregunta sobre qué nos hace sentir un posible vínculo y empatía. Este primer ejercicio es necesario a manera de sensibilización y adentramiento a esas imágenes que puedan refractar ciertas emociones desde esos otros cuerpos nombrados como: monstruos, seres abominables, híbridos y femeninos. Las imágenes que presento en el taller como material didáctico son producto de una investigación fotográfica a lo largo de varios años en museos y desde el acercamiento a la pintura y fotografía de varios artistas contemporáneos, entre los que destacan Rocío Caballero, Arturo Rivera, Arturo Ramírez Juárez, así como fotografías de personas homosexuales que utilizó en sus portadas como medio de consumo, desde la burla y el escarnio, la revista mexicana *Alarma*, que fueron por muchos años imágenes compiladas en el libro *Mujercitos* (Garbuño, 2014).

Conciencia y diálogo entre cuerpos

Mediante el proceso de diálogo (emotivo y sensitivo) y representaciones gráficas, encontramos reflexiones hacia las y los asistentes que descubren en su vida cotidiana, en su historia personal y familiar, que esa represión, odio y soterramiento de lo femenino está presente y muy latente. En la historia cotidiana de los cuerpos, el odio hacia lo femenino ha sido normalizado y silenciado. Lo que se intenta hacer con el performance es subvertir esas formas y estructuras de odio depositadas en nuestros cuerpos y signadas en ellos, como parte de un ser social potente, en el que lo femenino puede irrumpir para enunciar y denunciar.

Se genera desde la materialización de esas violencias y odios hacia lo femenino que están en lo inmediato de la vida cotidiana, en esos objetos de control y obediencia establecidos como roles y comportamientos asignadas hacia lo femenino, hacia lo que se supone que es ser mujer. Se trata de extraer objetos de nuestra conciencia que representan esa violencia hacia lo femenino que vivimos, miramos o experimentamos; un proceso de encontrar en los vínculos inmediatos –madres, hermanas, abuelas y/o



amistades—, para reconocer los mandamientos, y dar forma a ese recuerdo emocional con el objetivo de reconocer en nuestros cuerpos su comportamiento y sus formas. Se trata, así mismo, de dar cuenta de esos objetos que hemos traído con nosotras y están presentes, objetos que representan ese sometimiento y normalización del odio.

Una vez que cada uno de los asistentes pasa por la conciencia de las formas de violencia y odio hacia lo femenino, identifican las emociones escritas en sus cuerpos desde el proceso de movimiento conducido, primero, de forma gráfica, para pasar al cuerpo que guarda entre sus paredes esos momentos y eventos en los que apareció el odio hacia su cuerpo sensitivo y libre al propio universo.

Repensar y ubicar los cuerpos cosificados a los estereotipos de belleza y roles de género hombre-mujer, convertidos en cosas y objetos ataviados y encadenados a sus cuerpos en el transcurso de su vida, donde su vida es mandada a lo privado y al mandato de los hombres y/o al cuidado de los hijos en tanto reproducción y extensión del propio sistema patriarcal dominante. Son cuerpos atados y maniatados de objetos de la cocina, de la represión y control de la sexualidad, de la forma de vestir: una ordenanza al comportamiento del cuerpo de un deber actuar femenino acatado y contenido.

En resumen, son imágenes e historias recreadas desde esos cuerpos de las personas que conviven en el taller, con la conciencia de esas violencias y odios hacia lo femenino que se trae a la realidad, mediante objetos que están cerca y se materializan en la ropa, objetos de casa, formas de vestir y comportar el cuerpo, uso de colores y sensaciones refractadas en el devenir cotidiano, entre otras, de las historias de nuestras madres, pues la madre es la generadora de vida y movimiento. Es necesario cuestionar esos destinos creados desde esos mandatos y pensar el cuerpo desde la conciencia de eso que guarda el cuerpo.

Descolocación y disrupción de los cuerpos

Un ejercicio de descolocación de esos cuerpos desde el movimiento generado de las partes del mismo, donde fueron colocadas las marcas de odio, que puede ser tal vez en las caderas al caminar bajo el mandato y el estigma; en las manos en su movimiento; en la sonrisa y la risa cuando surgió libremente; en lo que vieron nuestros ojos en la historia familiar (la violencia de nuestros abuelos y padres hacia nuestras abuelas y madres); lo que escuchamos y olvidamos ante lo duro de la norma; lo que quedó silenciado por nuestra forma de hablar o el tono de voz que no correspondía a los ordenamientos de ser hombre, o la historia de violencia resignada de alguien cercano. El cuerpo es memoria y es necesario sacar esas marcas y dolores. El cuerpo también recibe mensajes, y hay que hacérselo ver a los talleris-



tas, desestructurado desde el cuerpo todo orden que limite la posibilidad de su estructura en el movimiento mismo. El cuerpo toma conciencia al confrontarse con otros cuerpos en colectivo. Reconocer en lo individual para luego asumir colectivamente una dimensión cultural desde los cuerpos, pues nuestra cultura ha sido atravesada por ese sistema patriarcal.

Poner el cuerpo en el centro permite construir un diálogo con lo silenciado por nuestra condición humana, de género, identidad de género o preferencia sexual distinta a la heterosexual. Estar en nuestro cuerpo y dejar que la conciencia esté presente de nuevo, materializada, para mirar, contemplar y cuestionar. De ahí la importancia de ataviar el cuerpo con objetos que representan y simbolizan ese odio y esas violencias en nuestros cuerpos familiares y personales. Poco a poco, los movimientos son acompañados con una música de fondo que acompañe el proceso (sonidos de la naturaleza, de animales, así como sonidos que van de lo mítico a sonidos que evocan movimientos más libres y de desprendimiento), pues es un acto personal asumido, que se da desde la disposición de atreverse a desobedecer desde el cuerpo rígido y normado por los mandatos de masculinidad y feminidad. Durante el performance, los cuerpos van nombrando desde sus propias representaciones cuerpos sometidos, que poco a poco a van surgiendo y van dejando ir en gritos que son sus madres, abuelas, hermanas que no lograron estar en libertad y que se quedaron atrapadas en la vida y roles impuestos de madre, esposa y seres humanas reprimidas en su deseo sexual homoerótico. Dar voz a lo acallado es importante: los cuerpos, libremente, van dando voz a esos odios, una voz que emerge desde la emoción y desde cierto lugar del ser, y van despojándose de eso que limita o ata su condición humana de ser, crear, sentir y vivir la posibilidad sin ataduras, miedos y violencias. Son los cuerpos a los que se les ha mandado el mensaje.

Los cuerpos irrumpen, destrabándose de esos objetos, y aparecen como cuerpos libres en colores desde ellos mismos, con movimientos al aire, en el suelo, ahí donde lo femenino toma forma de movimiento, vida, libertad, y se convierte en animal y en naturaleza multicolor, o con forma de nada: manos al aire, calor de cuerpos que emanan el origen de la vida, la vida misma en forma de feminidad. En el *performance*, son aves y animales terrestres, cuerpos sin forma, cuerpos mutantes para dar cuenta de las posibilidades de lo humano. También pueden ser cuerpos en movimiento de alas que nuevamente surgen a la vida, reconociendo desde y con el cuerpo la feminidad como parte de lo humano, de la naturaleza y del universo, donde estamos todos insertos y conectados. En la representación, lo femenino irrumpe para cuestionar las estructuras violentas que atan, y desprenderse de todo aquello que no lo deja ser, de ese ruido que no se quiere escuchar y del cual es necesario desprenderse. En otras palabras: ser para liberarse.



Aproximaciones de conocimiento

Este texto no puede tener una conclusión; más bien fue un esbozo de letras que pueden compartir un saber desde el desacato, desde la experiencia de vida de los cuerpos. Es una tarea permanente producir pedagogías emancipadoras que propongan actos liberadores desde los cuerpos con sus dolencias, silencios y opresiones, capaces de romper las estructuras semánticas del pensamiento de la modernidad y sus promesas que atrapan el cuerpo. El arte y la creatividad se presentan como elemento para reinventar otros rumbos y otros caminos de entendimiento ante todas esas formas del poder desde nuestro propio territorio: el cuerpo, nuestro cuerpo que nos ha acompañado con otros que nos han enseñado tanto, desde la mirada dispuesta a mirar, desde la empatía y desde los que nos han enseñado desde sus gestos y risas donde se encontró un saber desde la disidencia como monstruos, híbridos, seres abominables y femeninos que, en algún lugar, fueron lanzados, como mi amigo Joao, que nos dejaron saberes ocultos entre los pliegues de nuestro cuerpo, cuando compartimos y fuimos abrazo y risa, libres en el margen, movimientos libres ante la norma, construyendo testimonios de haberlo vivido.

Referencias

- Amador, M. (2020). *Del odio a la disrupción desde lo femenino. Taller performance político* (videograbado por P. Dorado). Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=Pm6S5LKy6Ak>.
- Amaya García, N. (s.f.). Lo femenino y lo monstruoso. *Corpografías*, pp. 110-123. Recuperado de <https://revistas.udistrital.edu.co/index.php/CORPO/article/view/8420/9960>.
- Arriaga García, J. A. (2000). *Notas para una reflexión sobre lo monstruoso*. Tesis de licenciatura. Universidad Autónoma Metropolitana campus Xochimilco.
- Butler, J. (1999). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.
- Butler, J. (2009). *Vida Precaria, el poder del duelo y la violencia*. Paidós.
- Caballero, R. (2016). *El consumado arte de soñar*. Black Cooffe Gallery.
- Carmona, G. L. (2010). *Bestiario alfonsino*. Universidad de Nuevo León.
- Cassigoli, R. (2008). *Pensar lo femenino. Un itinerario filosófico hacia la alteridad*. Universitario de Estudios de Género-Universidad Nacional Autónoma de México.
- 246 Fernández, F. M. (2018). *Híbridos. El cuerpo como imaginario*. Museo del Palacio de Bellas Artes, Fundación Mary Street, Secretaría de Cultura.
-  Fone, B. (2008). *Homofobia: una historia*. Océano.
- Garbuño, M. (coord. edit.). (2014). *Mujercitos*. RM.
- Ichon, A. (1973). *La religión de los totonacas de la sierra*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Jodorowsky, A. (2012). *Manual de Psicomagia*. Siruela.
- Rivera A. (2018). *Arturo Rivera* (con texto de Avelina Léster). Resistencia.

Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de Sueño.

Segato, R. (2018). *Pedagogías de la crueldad*. Prometeo.

Zertuche, R. (1991). *Símbolos y arquetipos en el hombre contemporáneo*. Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

Fotografía 1 y 2: Paco Dorado

